

CONFERENCIA

sustentada en la Universidad de Guayaquil

POR EL SEÑOR DOCTOR DON

CESAR D. ANDRADE,

Profesor de Química Inorgánica, Orgánica y Analítica

EL DÍA 1º DE DICIEMBRE DE 1933.

Funciones de la Universidad Moderna.

Designado por el Consejo Universitario para dictar la conferencia de Diciembre, en el día de la Universidad, he aceptado por dar cumplimiento a las disposiciones del Hon. Consejo, aunque el tiempo disponible era tan corto para preparar cualquier tema científico. No vengo, pues, a decir algo nuevo; vengo a expresar únicamente un viejo anhelo hondamente sentido, de contribuir al desenvolvimiento de las ideas para que nuestra Universidad conserve siempre el alto sitio que le corresponde como exponente genuino de la cultura nacional y como generadora de normas directrices en la marcha evolutiva de nuestro País.

Dentro de un concepto amplio, la Universidad es la institución más representativa de la cultura de un pueblo y la depositaria del acervo de conocimientos transmitidos por cada generación; élla dá al saber orden y disciplina para facilitar la adquisición de los conocimientos; está lista a recoger los frutos del progreso humano para adaptarlos a las necesidades del pueblo y aprovecharlos en beneficio del mismo. Así, pues, la Universidad es el órgano donde repercuten las corrientes de ideas de la época; ideas que son producto de la sociedad; derivadas de sus necesidades y aspiraciones. La Universidad recoge estas corrientes de ideas, las analiza y luego las sintetiza en hechos tangibles que llegan a ser patrimonio de la masa social.

Para llenar debidamente su misión la Universidad debe adaptarse constantemente a los progresos de la ciencia y encuadrarse dentro del conjunto de ideas generales que constituyen la filosofía de la sociedad en determinada época. La Universidad con su acción vigilante sobre los altos problemas de la sociedad, viene a ser un organismo pensante, dinámico, eficiente; un factor de fuerza colectiva capaz de imprimir rumbo en la marcha progresista de la Nación. Cuenta para el desempeño de sus elevadas funciones con docto y experimental cuerpo docente y con una inteligente juventud lista a escarlar las elevadas cumbres del conocimiento científico y enriquecer el valioso caudal que nos legaron los infatigables obreros del pensamiento.

Para determinar con precisión las funciones que corresponden a la Universidad moderna, necesario es dividir las en tres: la primera podemos llamarla de *educación profesional*; la segunda, de *investigación científica* y la tercera, de *extensión social*.

Las Facultades que se destinan a la educación profesional están bien organizadas entre nosotros y producen abogados, médicos, odontólogos, etc., cuyos resultados satisfacen en relación a las disponibilidades económicas.

Esta rama de la Universidad es la que mayor desarrollo ha tomado, talvez por ser principalmente solicitada. A la educación profesional corresponde preparar al alumno para capacitarlo a que rinda, en beneficio de quien lo solicite, los conocimientos indispensables de su profesión. Es suficiente para éste conocer los puntos importantes de ciertas ciencias particulares para prestar un servicio útil. Si el alumno aspira simplemente a ofrecer al público un servicio remunerado o hallar un cargo técnico en una dependencia de la administración pública, deseará únicamente terminar el curso de estudios para recibir el título que lo capacite legalmente para ejercer la profesión que ha elegido, talvez ni por vocación, sino simplemente por conveniencia utilitarista. No tendrá mayor interés en ahondar temas que requieran la investigación científica y los que están a su alcance no le darán mayor eficiencia ni habilidad profesional. Para justificar su actitud de indiferentismo le bastará con decir que el conocimiento de las cosas no exige el estudio de sus antecedentes y consecuentes. Si el interés del alumno está en terminar pronto los años reglamentarios para entrar de lleno en la lucha por la vida, dispuesto a con-

quistarse una holgura económica o mayores goces materiales. ¿qué incentivo tendrán para él las siempre abnegadas y silenciosas labores de la ciencia? Quizá considere hasta innecesaria la imposición de ejercicios, estudios, exámenes y demás pruebas de competencia que exija la Universidad antes de garantizar al público la capacidad del alumno mediante la expedición del diploma respectivo. Por lo expuesto es evidente que si la preparación profesional satisface las ambiciones del individuo, éste a su vez debe corresponder ampliamente a las aspiraciones de la sociedad que contribuye al sostenimiento de los estudios superiores.

La segunda función de la Universidad corresponde a una elevada ideología: el progreso de las ciencias y con él un mayor bienestar de la humanidad. La obra de investigación no es ni debe ser exclusiva del profesor; en ella debe colaborar el alumno, identificarse con esta función universitaria, aprovechar de la experiencia del maestro y cultivar desde el comienzo de sus estudios el espíritu de la observación. Si el alumno llega a la Universidad atraído por la curiosidad de saber, habrá en él un valioso colaborador para las árduas y fatigosas labores de la investigación. Alumnos que llegan dispuestos a trabajar por el adelanto de la ciencia representan los valores efectivos en la obra magna de la Universidad. No hay una sola conquista en el progreso humano que no derive de alguna abnegada investigación o de una perseverante vida de laboratorio. Por encima del interés material está la satisfacción de ser útil, de haber formado un surco en servicio de la humanidad, de haber dejado un ejemplo de labor paciente, desinteresada e inteligente a las nuevas generaciones. En verdad desperdiciamos la investigación y el laboratorio desdeñando la una e imponiendo el otro como parte del plan de estudios, siendo ambos producto de la curiosidad, madre de la ciencia. El afán de saber es intuitivo; el laboratorio es la materialización de la idea. La Universidad tiene la misión de explorar las vocaciones y cultivar las disposiciones naturales, que se aprovecharían en bien de la sociedad.

La Universidad con toda su fuerza intelectual viene a constituir un gran centro de investigación; en él se estudiarán todos los problemas que interesan a la sociedad. Una escuela de medicina no sólo sirve para enseñar a curar las enfermedades, sino también para saber cómo conservar la salud; es ella, entre otras cosas, una escuela de higiene que enseña los métodos de salubridad y por estos medios evita las epidemias y re-

duce la mortalidad. Una escuela de derecho no sólo enseña a conocer los códigos, sino que establece los fundamentos jurídicos, incita a la práctica de los derechos políticos y estimula el sentimiento cívico. Una escuela de ciencias no sólo prepara expertos en cuestiones técnicas, sino que dá también los hombres capacitados para desarrollar las riquezas naturales de un país.

En cada una de estas escuelas hay problemas especiales que investigar, asuntos de carácter local que resolver y prácticas anticuadas que corregir. Pertenece a las universidades la tarea de investigar y de aplicar los descubrimientos a los usos ordinarios de la vida; pertenece a ellas el trabajo de coordinar los resultados científicos y el de popularizarlos. Los problemas de la naturaleza y de la sociedad se estudian hoy con otro criterio y otros métodos. Las ciencias físicas, biológicas y sociales han modificado nuestro concepto del universo, del hombre y de la sociedad. Los problemas, principalmente los económicos, exigen ser estudiados por hombres de ciencia, es decir, por hombres que tengan un amplio sentido de la verdad fundado en la experiencia. Los métodos de resolverlos serán igualmente científicos: por la investigación y el laboratorio será encontrado el medio seguro de restaurar la riqueza del mundo. Al hombre de ciencia le corresponderá una vez más la gloria de contribuir a la felicidad de su especie.

¿Cuáles serían los métodos para abordar los grandes problemas que preocupan a la sociedad actual? Incuestionablemente no serán los métodos empleados por los hombres de verbo ampuloso y cabeza vacía que se alzan en la interesada plataforma política, ni las sugerencias escritas a correr de pluma en el comentario pasajero, ni la opinión insubstancial de multitudes llenas de contradicciones. Las mentalidades más firmes se sienten hoy vacilantes ante la inquietud social y el caos del desequilibrio económico. ¿Qué ideal superior podemos invocar para organizar la conducta y encauzar las opiniones de una sociedad que muestra signos de disgregación? Al escepticismo popular no puede sacudir la vieja teología. Los ensayos políticos en el continente europeo dejan una profunda decepción por las inconsecuencias entre la teoría y la práctica. En América hay una desorientación de ideales políticos en lo que a nuestra idiosincracia concierne; existe una cruenta lucha de partidos personalistas; la democracia no ha robustecido la conciencia cívica. La fuerza numérica de la multitud, donde

quiera que ésta se halle, no es bastante para traducir en realidad la democracia misma. Por encima de la fuerza avasalladora del número se levanta la fuerza generadora y constructiva de la mentalidad superior del hombre de ciencia que constituye la jerarquía intelectual del que estudia hondamente los fenómenos del planeta, del que dedica su vida a interrogar los misterios del universo y, en fin, del que, lejos de incitar a la matanza en luchas fratricidas, busca los medios pacíficos de salvar vidas o de añadir algo al bienestar de sus semejantes. El progreso del mundo necesitó siempre de elevados espíritus serenos, ya sea un Galileo, Darwin, Pasteur, Spencer, Marx, Ramón y Cajal u otros maestros. Ellos son los exponentes verdaderos de una generación, la energía dinámica que la mueve. Imposible anular los valores del mundo espiritual porque son éstos la fuerza generadora de las grandes corrientes democráticas. La posición firmísima del hombre que va en pos de la verdad por la experiencia científica y la filosofía tendrá puntos sólidos de apoyo para el sostenimiento de sus normas éticas no desviadas por la lucha de clases ni dispuestas a llenar con promesas intangibles la conciencia colectiva.

Interesa, evidentemente, preparar en la Universidad al hombre de ciencia que será el verdadero mentor de la sociedad futura. Los métodos que él use para la regularización de la vida social los eligirá dentro de sus conocimientos de la vida en general y los abordará con los sistemas de las ciencias biológicas especializados a las funciones vitales del hombre en el ambiente donde se desarrollen, con todos sus aspectos peculiares y con un criterio estrictamente sociológico. Hombres que sepan física, química, biología, sociología, etc., son de gran utilidad para el progreso de los pueblos. La ciencia es un mecanismo de economía social. El proceso científico aplicado más y más, en el porvenir, impedirá que el pensamiento humano caiga en los errores de antaño y será el faro que ilumine a las nuevas generaciones hacia sus más altos ideales, hacia la cima de la evolución cultural.

La potencia y vigorosidad del saber tiene su fuente natural en los grandes centros de investigación y de cultura, las universidades, y a ellas les corresponde aumentar su caudal y tornarlo fecundo.

Llegamos ahora a plantear la función social de la Universidad. En todos los pueblos los centros docentes nacieron como una necesidad de expresión de su grado de cultura y como

un imperativo de vulgarización de las ideas. La cátedra universitaria influyó en todo tiempo en la evolución mental de las naciones; del claustro universitario salieron las ideas directrices, las fuerzas libertarias, los libros elocuentes pletóricos de ideales y teorías de la vida republicana; las lecciones de civismo a los indeferentes o egoístas. Erigida la Universidad en una alta autoridad moral, élla brinda desde sus cátedras la vulgarización de las ciencias, ya se trate de higiene o ingeniería, de economía política o derecho constitucional y, sobre todo, élla sabe enseñar la nobleza de la dignidad humana y a combatir toda tiranía o dominación infamante de donde éstas vinieren.

Por su alta misión social la Universidad busca remozarse incesantemente, adaptarse a las nuevas corrientes de ideas, adoptar los nuevos puntos de vista de las ciencias y llevar siempre adelante el plan general de su renovación, en el cual fundamentalmente tienen cabida los problemas sociales, a fin de buscar su más inmediata solución. Esta deberá encontrarse dentro de nuestro propio ambiente, en consonancia con los recursos naturales que nos ofrece nuestro suelo, en armonía con las condiciones físicas de las razas autóctonas en vida tropical; adaptada a nuestro estado de cultura que correspondería a la de un pueblo en la primera etapa de su evolución económica y deberá ser la expresión de las ideas más comunes de la época. No podemos ciegamente resolver nuestros problemas con los antecedentes políticos de otros pueblos. Toda nueva raza o sociedad tiene problemas que le son peculiares y medios de vida que lo distinguen, fundados en sus caracteres étnicos y en su posición sobre la corteza terrestre. Los hechos se presentan distintos según el punto de vista de donde se los observa, sus efectos son distintos en cada medio y cobran impulso desigual en cada raza o sociedad. Razones son éstas para que cada pueblo construya su sistema de ideas propio, robustezca su mentalidad propia y oriente su evolución en el verdadero sentido de las conveniencias de la mayoría.

Toca a la Universidad presidir la concepción y generalización del sistema de ideas culturales del país; preparar a los futuros dirigentes para que afronten las grandes reformas y señalen seguros derroteros en el porvenir. La concepción científica, creada como el proceso de una nueva especialización en el espíritu contemporáneo, aumenta la capacidad orientadora del hombre a los problemas vitales de la sociedad. La ciencia no